

CRITERIOS PEDAGOGICOS PARA UNA LECTURA DE LA SAGRADA ESCRITURA EN LA CATEQUESIS

ANTONIO BRINGAS

No es infrecuente oír de boca de catequistas, incluso bien formados, la pregunta siguiente: ¿Cómo hacer para que la Sagrada Escritura resuene, sea significativa, acontezca hoy entre los hombres?

La pregunta apunta no tanto al contenido de la Escritura, que empieza a ser más familiar al cristiano medio, cuanto a la manera de leer, anunciar, enseñar, en una palabra transmitir el Mensaje de Salvación en el acto de catequizar.

Sucede algo así como si, en determinado momento de su itinerario, el catequista tuviera la impresión de que sus pies entran en terreno movedizo y notara cómo poco a poco se van inmovilizando, apesados en el barro.

Las presentes reflexiones giran en torno a este problema y quieren ser una aportación modesta para su clarificación. Esto no quiere decir que pueda resolverse en poco tiempo o a base de recetas. Al revés: supone un reto a nuestra condición de catequistas y un desafío de formación permanente para estar a la altura de este ministerio. Se trata, entonces, de ofrecer a los catequistas unos criterios, unas orientaciones para que éstos puedan discernir la verdad de determinados juicios, convicciones y actitudes, que de modo espontáneo operan en sus catequesis. Es decir: Hay un estilo, un talante, una manera de concebir y realizar el papel de la Biblia en la Catequesis que puede estar más o menos cerca de lo que la misma Escritura Sagrada manifiesta. Vamos a contrastarlo y a discernirlo. Y los «criterios» que se ofrecen son «pedagógicos», esto es, orientados a facilitar al catequista la tarea de «conducir», llevar al catecúmeno al encuentro con Dios mediante la Palabra bíblica.

De todos es sabido que podemos hacer varias lecturas de la Sagrada Escritura. A un texto bíblico podemos hacerle diversos tipos de preguntas.

Hay una *lectura exegética* que se interroga por variedad de aspectos humanos, literarios, históricos... intentando aclararlos, facilitándonos con ello la comprensión del marco externo en el que la Palabra eterna de Dios ha resonado en el tiempo y aquí en la tierra. Podemos hacer una *lectura teológica* de la Escritura, tratando de sorprender y captar la manera cómo los «testigos» que llenan las páginas de la Biblia han vivido su fe, su relación con el Dios viviente que les salía al encuentro. Pero tenemos que llegar a hacer una *lectura* que vamos a llamar *catequética*. No ignora las dos anteriores pero está motivada por una preocupación distinta: la de llegar a que cada uno de nosotros pueda decir con verdad, ante el mensaje de la Sagrada Escritura: «Palabra de Dios», esto es, «hoy Dios me ha salido al encuentro», o también, «hoy me he encontrado con Dios»¹. Fijados los límites y sentido de estas líneas avanzamos en la exposición que constará de dos partes:

1. Criterios pedagógicos de la Sagrada Escritura.
2. Implicaciones pedagógico-catequéticas.

1. CRITERIOS PEDAGOGICOS DE LA SAGRADA ESCRITURA

La Biblia habla del hombre, de sus aspiraciones y conflictos. Los hombres y mujeres que aparecen en las páginas de la Sagrada Escritura, sienten, piensan, reaccionan, muestran sus deseos y limitaciones con una intensidad enorme; se mueven en una gama variadísima de actitudes, a veces contradictorias.

La Biblia habla de Dios y diseña a través de los libros una imagen bellísima del Señor, justo, compasivo y fiel, santo y fuerte, tierno y verdadero que manifestará definitivamente su corazón en la persona de su Hijo Jesús de Nazaret.

Pero la realidad de Dios y del hombre no son líneas paralelas en la Biblia. Dios sale al encuentro del hombre y momentos culminantes de ese encuentro son la Alianza Sinaítica para el Pueblo de Israel y la Nueva y Eterna Alianza en la Sangre de Jesús para la comunidad cristiana.

Estas simples constataciones nos llevan a advertir que la Sagrada Escritura, es la expresión escrita de multitud de experiencias de encuentro con Dios, que los hombres de Israel y los primitivos cristianos realizaron a lo largo de su Historia. Experiencias que han sido vertidas en multitud de géneros literarios, esto es, de diferentes vestidos, aptos, según épocas histó-

¹ La primera formulación insiste en la iniciativa divina, no se fija en la respuesta del hombre; en cambio la segunda, destaca la colaboración humana, presuponiendo la acción previa de Dios. Es cuestión de talentos el preferir una u otra. Lo importante es no olvidar las dos dimensiones de «gratuidad» y «respuesta». Tal vez la fórmula «hoy me he dejado encontrar por Dios» señale ambos aspectos.

ricas o circunstancias y situaciones humanas, para dar a conocer y revelar el designio salvador de Dios.

Si esto es así podemos dar un paso más y afirmar que Dios ha empleado una «pedagogía» para revelarse a los hombres y decirles quién es El. Las páginas de la Escritura contienen el actuar de Dios, en hechos y palabras, y nos dan pie para intentar bucear en esa pedagogía divina y tratar de des- prender unos criterios que nos ayuden a disponer el corazón para que ese encuentro salvador con Dios acontezca nuevamente hoy. Si Dios ha actuado de determinada manera, el catequista tratará de hacer lo mismo ².

Nos preguntamos, por consiguiente, cómo se ha dado a conocer Dios, según el testimonio de los hombres y mujeres que se encontraron con El y cuya experiencia queda recogida en la Biblia. En una frase: ¿Cuáles son las constantes de la pedagogía divina en la Sagrada Escritura? ³. Enumeramos, recordándolas:

- a) La acción de Dios es gratuita. Dios siempre tiene la iniciativa.
- b) La acción de Dios se realiza en la Historia de los hombres. Dios tiene en cuenta al hombre.
- c) La acción de Dios utiliza mediaciones humanas para dar a conocer su misterio. Dios se manifiesta a través de signos.

a) *Dios tiene siempre la iniciativa.*

La benévola y libre inclinación de Dios que concede su favor a los hombres y sobre la que éstos no pueden invocar pretensión alguna (ver *Vocabulario práctico de la Biblia*, «gracia», p. 651, Ed. Herder) es una de las constataciones más importantes y repetidas de la Escritura. Constituye la experiencia fundamental de san Pablo y la espina dorsal de su Evangelio (ver Hech 20, 24, 32; Rm 3, 24; 6, 14 Ef 2, 5, 8, etc.), que es el Evangelio de la gracia de Dios, que vino por Cristo (ver Jn 1, 17). Un texto tan bello como por ejemplo éste: «Si el Señor se enamoró de vosotros y os eligió, no fue por ser vosotros más numerosos que los demás —porque sois el pueblo más pequeño—. Sino, por puro amor vuestro, por mantener el juramento que había hecho a vuestros padres, os sacó de Egipto...» (Dt 7, 7), es una manera, entre centenares, de este principio fundamental de la pedagogía

² El Directorio General de Pastoral Catequética recuerda este gran principio: «Dios en la historia de la revelación utilizó una pedagogía». El mismo Directorio deduce de ese principio que la Iglesia, recordando la pedagogía seguida por Dios, utiliza en la transmisión de la fe, una pedagogía original y nueva como corresponde a la novedad del mensaje proclamado. (Ver D.C.G. n. 33).

³ El tema es tratado en el reciente documento de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis: *La Catequesis de la Comunidad (Orientaciones pastorales para la catequesis en España, hoy)* (Ed. Edice, 1983) pp. 105-13.

divina que es la gratuidad de su acción salvadora, nunca movida por el interés o la búsqueda de ventajas. Que el amor de Dios siempre y en todo nos precede y acompaña es algo que el hombre debe haber experimentado si quiere tener la dicha de contarse entre los creyentes.

b) *Dios tiene en cuenta al hombre.*

«La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros» (Jn 1, 14). La acampada de Dios entre los hombres o en términos paulinos el «rebajamiento» hasta tomar la condición de esclavo, actuar como un hombre cualquiera, y obedecer hasta la muerte de cruz (ver Flp 2, 6-1) son señales elocuentes de la seriedad con que Dios tomó la causa del hombre y del camino que eligió para manifestarle su misterio.

Frases como ésta: «Yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de Egipto, de la esclavitud» (Ex 20, 2) expresan, condensada y resumida, la experiencia básica de la que se hace eco, en múltiples ramificaciones, todo el Antiguo Testamento. Ponen además de relieve una estructura constante de la acción de Dios a lo largo de la historia y son clave de lectura de esta misma historia. Si hay algo claro en la Escritura es que Israel experimenta a Dios en la historia. Claro que es verdad que existen en la Biblia como en los libros sagrados de otras religiones afirmaciones sobre Dios y el mundo, sobre la vida humana y las contradicciones que encierra, pero lo que es original y típico en el pueblo bíblico es la comprensión progresiva que alcanza de Dios a través de los «acontecimientos históricos» que Dios mismo ha realizado en medio de su pueblo. La vida se alimentará del viviente recuerdo de esta experiencia y en ella encontrará el creyente la seguridad de que Dios es fiel.

Israel plasmará las más de las veces sus interrogantes sobre su fe, en narraciones y relatos que transmitirán el obrar de Yavé, en la historia de los hombres. Este partir de la historia, sigue siendo hoy para el cristiano un método constante. No se vive la fe huyendo de las situaciones concretas en que se desarrolla la existencia de los hombres, sino dentro de ellas, dejándose interpelar continuamente por las mismas.

c) *Dios se manifiesta a través de signos.*

Dios es inefable. Job reconoce que empañó los designios divinos con palabras sin sentido (ver Job 42, 3). Y el Señor dice a Moisés: «mi rostro no lo puedes ver», «podrás ver mi espalda, pero mi rostro no lo verás» (Ex 33, 20-23). Ver el rostro de Dios o según otra expresión conocer su nombre, equivaldría a comprender su ser o tener dominio sobre su persona: es imposible. Pero a Dios se le puede conocer por la espalda, esto es una vez que haya pasado, pues ha ido dejando señales, huellas, signos de su

misterio en la tierra: son los efectos concretos y deslumbrantes de su ternura y fidelidad, derramadas sobre las criaturas y en particular sobre el hombre.

Israel se dirige a Dios invocándole con el nombre de «el Santo de Israel» queriendo expresar así su soberana trascendencia y su cercanía a los hombres. Y lo hace así porque sabe que Dios es inalcanzable y radicalmente distinto del hombre (es *Santo*) pero también ha experimentado que le ha salido al encuentro y se le ha comunicado a lo largo de la Historia (es el *Santo de Israel*). Hay pues en las realidades visibles, señales del Invisible. «Mil gracias derramando pasó por estos sotos con presura, y yéndoles mirando, con sola su figura vestidos los dejó de hermosura», dice san Juan de la Cruz en su cántico espiritual.

El signo remite en cuanto tal a otra esfera, a otro ámbito, a otra dimensión; pero si le damos toda la densidad que tiene, el signo expresa, encarnándolas, las realidades significadas; no sólo «tiene» significado sino que «es» significado. Hay signos que están cargados de simbolismo.

Los signos, símbolos que expresan experiencias radicales, fundamentales del hombre y por eso son universales. El signo «sorprende», llama la atención porque conecta con algo muy hondo, rompe con lo habitual. Además su significación, su capacidad de remitir a otro se va como extendiendo, universalizando y ello hace que vaya introduciendo cada vez más en la realidad a la que sirve de soporte.

Estas reflexiones pueden ser aplicadas a la Sagrada Escritura. En efecto se dan en la Biblia acontecimientos, fiestas y personajes «significativos» del actuar de Dios.

Pensemos, a modo de ejemplo, en el Exodo, en la Alianza, en el Desierto; también en la fiesta de la Pascua, en la celebración del Sábado; fijémonos en personajes como Abrahán, Moisés, David, en la figura del rey, del profeta o del sabio. Acontecimientos, celebraciones festivas y personajes relevantes se han ido cargando de significación a través de los tiempos, hasta desembocar en Jesucristo. Han sido «signos», «figuras» de Jesús la gran realidad a la que apuntaban, y que concentraba en su persona, de manera única y definitiva, la salvación de Dios.

La Sagrada Escritura está llena de esas señales de la presencia, y acción de Dios. Se trata de buscarlas, leerlas y aprender a interpretarlas. Es decir del difícil arte de reconocer a Dios que habla (el significado) por y a través de los acontecimientos de la salvación (significante). Se trata, en definitiva, de iniciar a la realidad invisible de Dios, más real que lo real, o sea de educar en la función simbólica y en la comprensión específica de la fe. Podemos utilizar la corteza del fruto sin llegar a gustar del mismo.

2. IMPLICACIONES PEDAGOGICO-CATEQUETICAS

Gratuidad, encarnación, signos, estas son las constantes del actuar de Dios en la Sagrada Escritura.

Pasamos ahora a considerar cómo inciden en cristianos llamados a ser catequistas, esto es, responsables de hacer resonar la Palabra de Dios entre los hombres de todos los tiempos.

Para mayor claridad en el desarrollo, aún a riesgo de esquematizar demasiado, reflexionamos, primero, en las implicaciones que cada característica tiene para el propio catequista y, después, para el desempeño de su misión, es decir, a la hora de ejercer el acto catequético.

a) *La gratuidad.*

Un catequista convencido de la gratuidad de Dios, que tiene siempre la iniciativa, manifiesta esta convicción en unas actitudes fundamentales:

— El catequista, vive *abierto* a la sorpresa de lo *imprevisible* de Dios, siempre mayor que el corazón del hombre. No encasilla a Dios en doctrinas, en normas, imágenes o conceptos, esquemas, reglamentos o instituciones. Carga con su misterio. Se nutre de él. No se esfuerza por eliminarlo. Lo acepta. Vive en constante búsqueda y «dependencia» en actitud de pobre y sencillo, la única que posibilita la comunicación del misterio de Dios.

Dice el Señor en el libro del profeta Isaías: «Te predigo algo nuevo, secretos que no conoces; ahora son creados, y no antes, ni de antemano los oíste, para que no digas: ya lo sabía» (Is 48, 6-7). «Te conocía sólo de oídas» (Job 42, 5a), confiesa Job. «Tanto saber me sobrepasa, es sublime, no lo abarco» (Sal 139, 6) ora el salmista.

— El catequista no puede erguirse con la pretensión de *dominar la Palabra*. Pretender echarle a Dios la mano encima es condenarse a pasar al lado de la fe y convertirse en fabricante de ídolos.

— El catequista se deja invadir por la presencia y la acción del Espíritu: cultiva una actitud *contemplativa*. Es asiduo lector de la Escritura y lo hace eclesialmente.

Ora con fe, esto es, deja primero que el Padre hable mediante las sugerencias del Espíritu antes de adelantarse en la oración a lo que el Señor quiera comunicarle.

— El catequista vive *confiado*. Ha arraigado en él la convicción de que Dios sigue actuando en el mundo, hoy como ayer y siempre. El Reino está presente. Viene inexorablemente como acción de Dios. ¡Hay cosecha! Se sabe portador de una Palabra viva, afilada, que penetra hasta el subconsciente

y que le anima a realizar pequeñas acciones concretas, realistas, sin perder de vista la amplitud de visión pero, al mismo tiempo, sin caer en la trampa de pensar en acciones fulgurantes, porque no es ley del Reino ni talante de Jesús.

— El catequista vive en un clima de acción de gracias sincera y de alegría profunda por el camino encontrado. Su acción será el resultado de un *desbordamiento* hacia los demás del don recibido. María, nos cuenta san Lucas, «se puso en camino, fue a prisa a la montaña», y al saludo de su prima Isabel responde con un cántico de desbordante gratitud al Dios que nos salva. Juan el apóstol, nos comunica en el prólogo de su primera carta que anuncia y da testimonio de lo que ha visto y oído, tocante a la Palabra de vida, para que nuestra alegría sea completa (ver 1 Jn 1, 1-4). El Apóstol Pablo confiesa a los cristianos de Corinto que «nos apremia la caridad de Cristo» (2 Cor 5, 14).

Resumiendo: Estar abiertos a la «sorpresa» de Dios, no pretender dominar la Palabra, mantener una actitud contemplativa y confiada en la acción de Dios, maravillarse por el don recibido... son experiencias fundamentales que recordamos aquí, no por prurito retórico o literario sino por la honda convicción de que si no se dan en el catequista, no hay pedagogía que pueda reemplazarlas. Son algo previo y básico.

Por el contrario cuando se dan, la acción del catequista se desarrolla sin demasiados tropiezos ni grandes dificultades. Con naturalidad y como por instinto el catequista adopta las siguientes actitudes pedagógicas, válidas para una transmisión catequética de la Escritura:

— El catequista crea un clima de gratuidad. Es decir, adopta con el catequizando la misma postura que, por experiencia, sabe que Dios tiene con él. Esto se traduce en una *pedagogía* que vamos a llamar «*de resurrección*». Con esta expresión queremos decir que el catequista cree en el hombre; no intenta hundirle sino despertar en él todas las posibilidades que laten en germen en el corazón de todo hombre, «imagen de Dios» y, por lo mismo, capaz de escuchar y acoger la palabra.

— El catequista *no impone la fe*, la propone. Lo hace en un clima de libertad, sin miedos, tensiones, ni complejos. Suscita la libertad de los catequizandos, no les agobia ni aplasta. Al revés, les permite que se sientan acogidos, a gusto y que se expresen a fondo. Su acción es gratuita, no pasa facturas, no recurre al chantaje afectivo. Tampoco «avasalla» con su interpretación, simplemente ofrece la fe de la Iglesia y lo hace con entusiasmo, ilusionado, consciente de que es testigo de algo que hace vivir.

— El catequista evita una actitud *mecanicista*, propia de quien ya tiene programadas todas las respuestas y no admite las imprevistas. Se aleja de

una lectura superficial, anecdótica, de los textos sagrados, como la de quien hojeara la guía de teléfonos, sin penetrar en la experiencia de fe que éstos contienen.

— La convicción de que Dios es gratuito, lleva al catequista a no agobiarse por querer obtener un resultado brillante, tangible e inmediato. Su actitud es la del siervo que, después de haber hecho todo lo que está en su mano, dice confiado: «Siervo inútil soy», pero tampoco ignora que «la semilla germina y va creciendo sin que él sepa cómo» (ver Mc 4, 27). Le basta con saber que Dios es el primer interesado en que la tierra sea buena y dé fruto abundante.

b) *Historicidad.*

La convicción de que Dios se ha adaptado a la *condición histórica del hombre* tiene para el catequista hondas e importantes repercusiones que se traducirán en otras tantas actitudes:

— El catequista debe habituarse a *valorar lo humano* en toda su amplitud, como lugar de revelación de Dios. La catequesis de la experiencia, dice el documento «la catequesis de la comunidad» de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, en el n. 223, «es algo inherente a la transmisión del Evangelio para que éste pueda ser recibido como mensaje de Salvación». Antes había afirmado que «es algo más que una mera modalidad transitoria de la pedagogía catequética, algo más que una metodología».

— El catequista debe, por consiguiente, estar acostumbrado a *leer la acción de Dios en la Historia* (también en la naturaleza).

— El catequista se esforzará igualmente, por mantenerse *fiel a la realidad*, que a veces parece ocultar, al menos oscurecer, la presencia bondadosa de Dios y su acción bienhechora en el mundo. Ser fiel a la realidad no es dejarse llevar por esquemas prefabricados, aunque se quiera salir con ellos en defensa de Dios. Los amigos de Job, por ejemplo, blanden incansablemente ante su desgraciado amigo una doctrina hecha, que se manifiesta a todas luces insuficiente para dar correcta explicación de lo que Job padece.

— El catequista privilegiará en su corazón, como el hombre bíblico, *la memoria* de las «hazañas de Dios» en el pasado: para el israelita, el paso del mar Rojo y la alianza en el Sinaí; para el cristiano el misterio de la muerte y resurrección de Jesucristo, revelación definitiva de Dios y cumplimiento pleno de sus promesas. Y vivirá atento a la actualización de esas «hazañas» en el memorial litúrgico, sobre todo, en la celebración de la Eucaristía.

— El catequista aprenderá a *mirar al futuro*, purificando de continuo su propia experiencia y dilatando su mirada hacia adelante en espera de un

mejor y más pleno cumplimiento, es decir, sin dejar caer ninguna de las promesas de Dios. El sabe que están cumplidas en Jesucristo pero no ignora que la penetración del misterio de Jesús puede ser, de hecho, constante.

Encontramos en Isaías esta audaz interpelación: «No recordéis lo de antaño, no penséis en lo antiguo; mirad que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notáis?» (Is 43, 18-19).

— El catequista mantiene una disposición de ánimo, propia del que está abierto a influencias culturales distintas de la suya y procura enriquecer su experiencia con ellas pero, al mismo tiempo, cuidará de que su identidad cristiana no se disuelva. El pueblo judío vivió en su carne esta experiencia y fruto de esta doble corriente universalista y particularista fueron libros tan importantes como los de Jonás, Rut, Job, Eclesiástico, Sabiduría, Daniel y Macabeos, entre otros.

— Por último señalamos una implicación catequética de primer orden: Un catequista fiel a la condescendencia divina respeta el ritmo de crecimiento de las personas y está acostumbrado a desvelar progresivamente el designio de Dios según la capacidad y situación vital propia de cada persona.

Intentando resumir lo dicho, como en el anterior apartado, creemos que una implicación fundamental, a la hora de aplicar este segundo principio de la pedagogía divina que comentamos, es la siguiente: *Dios se revela en la Historia*. Dice san Juan en su primera carta, que quien «confiesa a Jesucristo *venido en carne* es de Dios» (1 Jn 4, 2b). Y lo afirma como señal para discernir si nos mueve o no el Espíritu de Dios.

Avancemos en la reflexión tratando de señalar las implicaciones pedagógico-catequéticas que este dato del actuar divino tiene para el catequista a la hora de catequizar.

— El catequista no puede lanzar en el vacío la Palabra de Dios. Dios no cae nunca en el vacío. Su Palabra está destinada a una tierra que hay que conocer y tratar de «disponer» para que fructifique el ciento por uno. Por eso el catequista, que sabe que Dios está presente en todas las situaciones familiares, económicas, sociales, políticas, culturales, educativas, lúdicas... que forman el entramado de la vida humana, vive atento a la Historia y en contacto con la realidad humana de sus catequizandos. Trata de hacerles experimentar que en el fondo de los textos bíblicos late una experiencia humana profunda, análoga a la de todo hombre, y que esos textos, sobre todo los más significativos y de mayor densidad, leídos en esta profundidad, son expresión viva de los encuentros con Dios protagonizados por los testigos bíblicos a lo largo de la Historia. Con todo esto queremos decir que el catequista usará de una Pedagogía de la «*encarnación*», es decir, tratará de educar la mirada de los catequizantes para que perciban la realidad como es,

en toda su profundidad y variedad, en toda la gama de luces y sombras que contiene. Es imprescindible que el catequizando llegue a captar su capacidad de infinito mezclada con la experiencia de limitación constante. Creemos que desde esta experiencia surgen las preguntas vitales, los interrogantes salvadores, la búsqueda de sentido a situaciones difíciles y desconcertantes que abren de verdad a Dios y que el Evangelio aclara e ilumina.

En este sentido el catequista mostrará que los textos bíblicos, mejor aún, la experiencia que viene expresada en esos textos bíblicos dilata, ensancha, purifica el gozo, la alegría, el amor, la vida, la libertad de los catequizandos así como ilumina y da sentido a situaciones desconcertantes de limitación y de mal.

Una breve palabra sobre varios peligros que evitar:

. El catequista no puede filtrar la realidad y presentarla exclusivamente desde sus aspectos, digamos, más reconfortantes y bellos. Deberá dosificar su presentación, pero un catequista que evitara toda confrontación con la limitación, que ignorara la existencia de cuanto es opaco, duro, resistente o turbio en la vida humana sería ciertamente infiel y propiciaría una actitud falsa de cara a la penetración del misterio de la salvación.

Somos conscientes de que esto es válido en la catequesis de adultos; el niño, al carecer de capacidad para asumir personalmente estas grandes experiencias humanas, dispone «su tierra» poco a poco, a través del contacto con sus padres, catequistas y educadores adultos que viven desde la fe, se interrogan, buscan y disciernen incansablemente las señales de Dios en el tejido vivo de su existencia diaria. Nunca insistiremos bastante en la necesidad de una comunidad viva y orante, donde los miembros más jóvenes puedan recibir como por ósmosis el testimonio constante de la fe.

. El catequista procurará evitar en los catequizandos dos peligros que les acechan por igual: el *espiritualismo* y el *materialismo*. Hay catequistas, empedernidos buscadores de Dios por las nubes, que educan para evadirse del mundo, como los extáticos de Corinto de que nos habla Pablo en su primera carta a los cristianos de aquella comunidad (1 Cor 12, 7); que educan para deleitarse en Dios sin ningún compromiso entre los hombres (tentación de los gnósticos). Una comunidad cristiana no es «una asociación de iluminados», ... «ni tampoco puede servir de pretexto a nadie para abandonar la tierra e intentar escaparse al cielo» (*Biblia para la iniciación cristiana*, t. 2, p. 412).

Pero también hay catequesis que tienden a presentar al hombre y a la Historia como si fuesen Dios. Encierran a sus catequizandos en un horizonte sin trascendencia y les embarcan en la tarea de construir el mundo al margen casi por completo de Dios, o siendo éste una lejana referencia última

y desvaída sin ninguna incidencia en el quehacer humano y no el Señor de la Historia.

. El catequista, al emplear la «*memoria*» en la educación de la fe, enseñará a los catequizandos a servirse de los grandes acontecimientos y «hazañas» de Dios como trampolín para el futuro esperanzador que abre Dios y no como refugio miedoso en un tiempo, tenido por mejor únicamente porque fue pasado. Anunciar la permanente *novedad* de la acción de Dios que se hace presente en la vida humana no tiene nada que ver con ciertas presentaciones de Dios, «antigualla» de museo. Es importante no cultivar una actitud que invita a huir al pasado para vivir anclado en él o induce a tener una visión exclusivamente rosácea del ayer.

. El catequista habituará a sus catequizandos a superar todos los «*doctrinalismos*» y «*racionalismos*», enseñándoles a no cerrar los ojos a la realidad, por dura que ésta sea. El creyente, ante situaciones dolorosas y desconcertantes, no duda de la fidelidad de Dios, tiene experiencia de ello en el pasado, ni tampoco niega la realidad actual, aunque todavía no sepa integrarla adecuadamente en su vida. Tal vez se vea empujado a abandonar su fe o a creer en un Dios diferente. Creemos que no es mala la situación de quien en algún momento de su vida se ve constreñido a revisar su modo de concebir a Dios y su designio de salvación.

. Hay catequistas que llevan a sus catequizandos, tal vez sin demasiada conciencia de ello, a adoptar actitudes que podemos describir como de «*instalación*», «*derrotismo*», o permítasenos la expresión de «*pasotismo*»; es decir, la poca fe que tienen lo que Dios puede hacer de nuevo, a pesar de las apariencias, invita a vivir cómodamente sentados en posiciones ya adquiridas, sin ninguna preocupación por otear nuevas intervenciones del Señor; o a desengancharse, desilusionados, de todo compromiso renovador; o a «pasar», escépticos, de todo y comportarse con el talante de quienes están ya de vuelta.

. El catequista tendrá cuidado para que lo que dice y transmite (con palabras y obras) no cierre a sus catequizandos en el «búnquer» del miedo o en el «ghetto» del aislamiento, que conduce a olvidar la universalidad del proyecto de Dios. Pero también tendrá cuidado de que eso mismo que transmite con toda su persona no disuelva a sus catequizandos en un mar de sincretismos que les dejen sin saber quiénes son.

c) *Signos.*

También esta característica del actuar divino, la de manifestarse al hombre a través de signos, está cargada de implicaciones para aquél que tiene como misión hacer resonar la voz de Dios en el mundo actual.

Empecemos por afirmar la existencia de actitudes humanas que bloquean o, al menos, dificultan seriamente el acceso profundo a la realidad. No es difícil darse cuenta, por ejemplo, que hay personas que reducen sistemáticamente a «números» el lenguaje humano: están matando psicológicamente su alma, están ahogando las increíbles posibilidades que reposan en el corazón del hombre. Debemos darnos cuenta de que la cultura actual, al proceder por «descomposición» y análisis de los objetos con la pretensión de reconstruirlos una vez «dominados», favorece esta actitud de que hablamos y que aborda la realidad de manera plana, horizontal, superficial.

Pero no podemos olvidar que existe otra actitud que permite otro tipo de acceso a la realidad. Nos referimos a la actitud de quien deja que la «cosa» hable por sí misma; la del que se deja «sorprender» por la realidad profunda de los seres, que de alguna manera ya se encuentran en él; la del que está ante las cosas en cuanto que las cosas ya están en él.

Es fácil darse cuenta de que esta actitud es distinta a la anteriormente descrita, es una actitud abierta a la percepción del significado profundo de la realidad. Y creemos que, a pesar de las dificultades, es una actitud a la que se va abriendo paso, en trabajosa y esperanzada búsqueda, el hombre de hoy. Necesita, sin embargo, crecer en sensibilidad poética, porque es considerable el desfase y retraso que lleva.

Esta dualidad de actitudes la encontramos recogida, sobre todo, en el cuarto Evangelio. Por sus páginas desfilan hombres y mujeres que reaccionan de diferente manera ante los mismos acontecimientos. A modo de ejemplo, pensemos en las siguientes contraposiciones que recoge el evangelio de Juan: «Creo, Señor», dice el ciego de nacimiento. «¿También nosotros estamos ciegos?», preguntan los fariseos (ver Jn 9, 38-41). «Muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en El»: Así explica el evangelista la reacción de algunos ante la resurrección de Lázaro, pero añade a continuación: «Los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron el sanedrín y dijeron: "¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos signos. Si lo dejamos seguir todos creerán en El"...» ... «Y aquel día decidieron darle muerte» (ver Jn 11, 45.47.48a.53). Casi por completo el cuarto Evangelio está constituido a base de estas contraposiciones. Y posiblemente una clave de interpretación sean estas palabras: «¿Cómo podréis creer vosotros, que aceptáis gloria unos de otros y no buscáis la gloria que viene del único Dios?» (Jn 5, 44). Teniendo en cuenta que Jesús ha afirmado antes que las Escrituras están dando testimonio de El, no parece forzado afirmar que determinada actitud: buscar gloria «unos de otros», es decir, no tener ojos, oídos y corazón más que para el limitado universo de nuestro pequeño yo empírico, impide captar las constantes «señales» que Dios va dejando de su presencia y acción por doquier.

Por consiguiente es claro, lo reiteramos, que el catequista debe abordar

la realidad humana y bíblica con una actitud de acogida, de «*atención pasiva*». Atento, sí, y mucho, a lo que la letra dice, pero con *atención pasiva*, es decir, dejándose invadir por aquello que el símbolo contiene y abriéndose a lo que remite. Esta actitud es previa y fundamental para que el lenguaje de la fe que se encuentra en la Biblia, le resulte significativo. Cuando falta, el catequista incurre en lecturas defectuosas de la Sagrada Escritura y que podemos resumir en una: lectura *racionalista* de la Biblia. Con ello queremos decir que hay una lectura de la Biblia que se reduce a sacar consecuencias, nada más desde lo que cada uno (y sólo desde los presupuestos científicos) es capaz de ver, entender, descomponer, en una palabra, «crear». Es una lectura «reduccionista», tiende a proclamar que el hombre es la medida de todas las cosas, y esto está bien, que por algo es el rey del universo pero, y, esto es grave, olvidando que Dios es la medida del hombre.

La lectura reduccionista de la Escritura adopta diferentes variedades: existe una manera «*historicista*» de leer la Biblia, que podemos llamar también «*realista*» en la que todos los hechos, relatos, imágenes y figuras son percibidos en clave real como si fuesen datos históricos en el sentido moderno de la palabra. Hay, también, una manera «moralizante» de leer la Escritura, que, nos atrevemos a decir, rebaja a mera ética lo que es «mística»; que cierra, circunscribe, reduce la capacidad evocadora de los signos bíblicos que remiten a la hondura del misterio de Dios. Sin insistir podemos recordar otros tipos de lectura de la Escritura defectuosa: la lectura materialista y la que podemos llamar «gnóstica» o que concibe la salvación como mero «saber» sobre Dios.

Por el contrario, un catequista que se esfuerza por leer la Escritura abierto a lo que el Espíritu y los hombres han inscrito en ella, ya es «*signo*» ante los catequizandos, referencia clara a Aquel «en quien vivimos, nos movemos y existimos» (ver Hech 17, 28).

Vamos a avanzar. ¿Cómo hacer para que el lenguaje de la fe sea significativo al hombre de hoy? ¿Cómo hacer para «desentrañar» su contenido y hacerlo de tal manera que no ahogue la Palabra de Dios? Sugerimos tres pasos, que pueden seguirse desde luego, no en plan de recetas:

— El catequista tiene que abordar la tarea de iniciar progresivamente a los catequizandos en el arte y ciencia de reconocer a Dios que habla por y a través de los signos. Puede partir, en torno a los 7-8 años, de la transmisión de los relatos bíblicos que componían las antiguas Historias Sagradas, siguiendo una buena selección de textos que formen la Historia de la Salvación. Esto es necesario para que los niños entren en contacto con las «imágenes», signos, que pueblan la Sagrada Escritura y se encuentran en los relatos. No ignoramos que el primer contacto con estos relatos se va a realizar de una manera incompleta y casi únicamente en una dimensión crudamente realista.

Pero nos parece importante que los niños conozcan estas narraciones, se familiaricen con ellas. Una comunidad orante y comprometida, unos catequistas-«signo» de la trascendencia de Dios ayudarán a los niños, hacia los 9-11 años (en la infancia adulta), dado que acceden al conocimiento más abstracto, a percibir la dimensión simbólica que los relatos bíblicos encierran.

— El catequista estará atento al momento en que los niños empiecen a *asociar* lo leído con realidades actuales. Primero superficialmente, pero luego con mayor profundidad. A modo de ejemplo obsérvese la diferencia que existe entre la reflexión de un muchacho a quien el relato de Moisés le gustaba, porque «tiene argumento» (lo comparaba con lo que ve en TV y cine a diario) y la de otro, quien al cabo de algunos meses de catequesis, conjunta de padres e hijos, caía en la cuenta de que el actuar bienhechor de Dios ese repetía a lo largo de varias figuras bíblicas con las que había entrado en contacto: Abrahán, José, Moisés, Samuel, David, Rut...

— Es tarea del catequista procurar que los catequizandos lleguen a darse cuenta de que toda la Escritura: acontecimientos, personas, fiestas... dice más, va más lejos de lo que aparenta, es signo del actuar de Dios. Por eso en la infancia adulta, al introducir a los catequizandos en el mundo de los «géneros literarios», con la convicción de que los modos de decir «dicen», al ir poniendo «relieve» y «distinción» en los relatos que los niños tal vez ya conocen, les abre a un horizonte de significación progresivamente amplio y mucho más rico que la simple percepción del acontecimiento como anécdota, propia de una etapa anterior y necesaria porque pone las bases de esta profundización. Tenemos que reconocer que la, en principio, sana reacción contra las «historias sagradas», ha producido en los últimos 20 años un vacío enorme en el conocimiento de la Historia de la Salvación.

— Cuando ha existido esta educación progresiva, la preadolescencia puede ser una etapa de identificación que permita decir al que lee la Biblia: «Estoy viviendo la misma historia». La frase no es literaria, sino testimonio real. Se ha dado la interacción.

Para que esto ocurra, desde el punto de vista humano, hay que permitir que los muchachos se expresen y dejarlos que reflexionen «hablando».

Estas son unas sugerencias que han pretendido ayudar a los Catequistas en la delicada tarea de hacer pasar de la *imagen* a su *significado* y a su significado en la *vida*.



A la hora de concluir quiero destacar nada más la importancia que tiene, en catequesis, que el catequista tenga muy presente la Sagrada Escritura en el proceso de su formación; mejor aún, que viva de esta Palabra que anuncia y la contemple con asiduidad; que sea, por decirlo brevemente, mediador entre la Palabra de Dios y el hombre.